

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Yacabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

Las riquezas y la muerte.

La muerte es un maestro sapientísimo que nos enseña á formar verdadero concepto y juicio cábal de las riquezas, y á estimar en su justo valor los bienes terrenos y los goces de la vida presente.

La muerte con su guadaña implacable viene ¡ay! de sorpresa, como ladrón nocturno, cuando menos lo pensamos, y viene siempre de prisa, demasiado pronto para los dichosos de este mundo, y viene con su rostro sañudo, con sus ojos de ira, con el brazo levantado á demoler, á destruir, á pulverizar las soberbias construcciones de la codicia y de la sensualidad. Viene, sí, la muerte callada ó ruidosa, pero viene infaliblemente á cumplir su misión, á intimar su ineludible *Estatuto*,

diciendo á los ricos mundanos que se creían eternos: Ha sonado mi hora; es preciso partir, y partir para la eternidad.

Cúmplese para los poderosos, cúmplese también para los opulentos de la tierra el terrible *Estatuto*, la sentencia de muerte fulminada sobre la cabeza de todos los nacidos. Llega también para ellos esa hora solemne; *durmieron su sueño y se encontraron con las manos vacías* (1); con las manos vacías, sí, pero con la conciencia llena de pecados delante de un Juez inexorable que les dará en rostro con sus injusticias, ingraticudes y liviandades.

Veamos cuales son en resúmen las cosas que mas codiciaron en este mundo, y cuál es el fin de todas ellas. Y esta considera-

(1) Psal.

ción será parte á engendrar en nuestro espíritu ideas justas y cabales acerca de las riquezas.

Los hombres mundanos, toda esa turba de insensatos que se atropellan unos á otros en las avenidas de la fortuna y en los atrios de la sensualidad, emplean sus fuerzas, y ponen todo su afán en acumular riquezas, en lucir y brillar, en satisfacer los apetitos de la carne, y en apacentar á su alma con todo género de placeres. Riquezas, honores, comodidades, regalos, deleites, hé aquí su objetivo, su fin último, su bien supremo. Pues viene la muerte y se los lleva desnudos, privados de todo, sin otra cosa que sus obras, de las cuales van á dar cuenta minuciosa á Jesucristo, en vida padre amoroso, despues de la muerte juez inexorable de todos los nacidos. Desnudos salimos del seno maternal, y desnudos saldremos de este mundo, y no llevaremos cosa alguna de nuestro trabajo. *Sicut nudus egressus est de utero matris suæ, sic revertetur, et nihil secum afferet delabore suo.* (1)

¿Qué les aprovechó tanta opulencia si perdieron su alma? Durmieron el sueño del cual no se despierta, su cuerpo cayó en el

sepulcro, y su alma, *in puncto*, descendió como el rayo á los abismos. ¿Y quiénes son sus herederos? Respecto de las riquezas no se sabe quizá; porque está escrito: El codicioso atesora, y no sabe para quien serán sus riquezas. Pero de todos modos es una insensatez afanarse tanto para dejar aquí riquezas, y olvidarse de atesorar para la eternidad.

¿De qué les sirvió tanta soberbia si perdieron su alma? Un ataúd, un sudario, una tumba, la oscuridad, las humillaciones, los horrores sempiternos, hé aquí el fin de los que se creían superiores á los demás, y despreciaban á los humildes, y se adoraban á sí mismos, y pretendían que todos se humillasen á sus piés.

¿Qué se hicieron aquellas pompas y vanidades, aquellos regalos y deleites, aquellos festines y devaneos, aquel lujo escandaloso, y aquella lujuria repugnante, aquella vanidad insoportable y aquel refinado sensualismo?

Todo se desvaneció á los golpes de la muerte, como el humo al soplo del vendabal. Y los herederos fueron los gusanos. *Simul in pulvere dormient, et vermes operient eos* (1). ¡Insensatos los que tratan con tanta delicadeza á su cuerpo!

(1) Ecclé., V.

(1) Job., XXI.

Pues ignoran que pronto será un *cadáver*, esto es, *caro data vermi-bus*, pasto de la corrupción y alimento de los gusanos! Y no paran en esto todos los males. Porque otros herederos reclaman su parte, la mejor parte, y estos herederos son los demonios. Había un rico avaro y gloton, que gozaba en las contemplaciones de sus riquezas, y había propuesto en su corazón conceder á su cuerpo todo regalo, y á sus sentidos todo deleite, y hacer de su vida perpétuo festin é inagotable primavera. Contemplaba un día sus bienes, y decía gozoso á su alma: ya puedes alegrarte alma mia. Para muchos años tienes vino en los lagares, granos en las trojes, y dinero en el arca. Goza, pues, salta, triunfa y banquetea. Aun estaba hablando estas cosas con su alma, cuando una voz severa é imponente le dijo: ¡Insensato! esta misma noche entregarás tu alma, y lo que tienes ¿de quién será (1)?

Hé aquí el fin de los ricos mundanos: Pasan cuatro días en goces mentirosos y vienen á parar en los infiernos.

Z. M.

(1) Luc., XII.

Los Mandamientos de la Ley de Dios.

I.

El primero amarás á Dios sobre todas las cosas.

Hace tiempo conocí á un católico como hay muchos: rezaba de memoria las oraciones, aprendidas en la niñez, oía misa todos los domingos y fiestas de guardar, confesaba y comulgaba una vez al mes, daba algunas limosnas á los pobres, y se manifestaba satisfecho de su suerte porque no carecía de ninguna cosa precisa, ni tenía que resistir ningun contratiempo de importancia.

Como es natural, vino una época de prueba, y nuestro Miguelito comenzó á desfallecer y á quejarse amargamente de sus repetidas desgracias, aivadas de un modo extraordinario por la imaginación de quien no estaba acostumbrado á sufrirlas. Es cierto que alguna de las desgracias que experimentó hacia brotar lágrimas; pero también es cierto que el llanto mas amargo para un verdadero católico debe ser dulcificado por la resignación cristiana. De lo contrario, es como si nos propusiésemos confiar en un arma de hierro, que salta fácilmente á un golpe rudo, cuando no hemos cuidado de convertirla en acero por medio del temple.

De la misma suerte que las buenas armas blancas se fabrican sujetándolas á las violentas pruebas del fuego y del agua fria para templarlas; también es indispensable buscar con decidido empeño en los mandamientos de la ley de Dios el buen temple de nuestras almas

para que no salten en pedazos ante las pruebas, que para purificarlas y fortalecerlas, se digna enviarnos la Divina Providencia.

Así lo comprendió claramente Miguelito al fijarse en el primero de los preceptos del Decálogo, que ordena *amar á Dios sobre todas las cosas*, y de consiguiente, mas que á nosotros mismos y mas que á las personas y cosas de nuestro mayor interés.

Hallado así el verdadero punto de vista, el problema quedó resuelto con la mas perfecta tranquilidad de espíritu para Miguelito; quien, desde entonces, ya no reza solamente de memoria, sino que repite desde el fondo de su corazón, dirigiéndose á Dios, nuestro único Señor:

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

II.

El segundo no jurarás el Santo nombre de Dios en vano.

Las tristes discordias intestinas desgarraban una vez mas á nuestra desdichada Pátria. La guerra civil, con su obligado séquito de horrosas blasfemias, asesinatos, saqueos, incendios y todo linaje de desmanes, se enseñoreaba á la vez de valles y montañas, de industriosas ciudades y de pobres aldeas. Hasta nuestros buques de guerra eran declarados piratas y despreciadas las inmarcesibles glorias de Lepanto y del Callao.

En aquellos dias, se incorporó en el Norte á mi columna un batallón procedente de Zaragoza, cuyo cabo de gasta-

dores era un bizarro aragonés de elevada estatura, luenga barba y carácter bondadoso. Solo tenia un defecto: su lengua era un hacha acostumbrada á cortar lo mas sagrado, como sino ofendiera á Dios ni á los hombres de rectos principios y de esmerada educacion. El desgraciado Victoriano, como tantos otros que no saben lo que dicen, blasfemaba por costumbre y por haberlo aprendido mucho antes de ingresar en el servicio militar.

Habiéndome propuesto á todo trance no tolerar la menor blasfemia en la fuerza que mandaba, reprendí severamente al cabo Victoriano tan luego observé que adolecia de tan feo y horrible pecado, del cual ni siquiera se daba cuenta, por efecto de su absoluta falta de educacion y de los malos ejemplos que, por desgracia, tanto abundaban entonces y abundan tambien ahora. Despues de muchas advertencias y reflexiones, acompañadas de algun castigo, logré que el cabo Victoriano suslituyera en sus tropezones la palabra *diez* al Santo nombre de *Dios*, á quien me confesó que no habia tenido nunca la intencion deliberada de ofender con sus palabras.

En esta disposicion, nos cruzamos en un hermoso valle de Navarra con otra columna de tropas completamente insubordinadas y que hacian alarde de embriaguez y del lenguaje mas obsceno y blasfemo; lo cual me dió lugar á que llamara al cabo Victoriano para que se hiciera cargo del repugnante aspecto que presentaban aquellos hombres desalmados y sin el menor freno, que merecieron ser disueltos y reorganizados por el titulado gobierno de aquella época.

El rubor cubrió el rostro del cabo Victoriano al oír en otros las mismas blasfemias que él antes había pronunciado inconscientemente: y desde aquel día no tuve que reprenderle por su lenguaje, siendo un modelo de cabos y mereciendo los justos elogios de los sacerdotes en cuyas casas solía alojarse con su escuadra de gastadores.

H. DE S.

Haz bien y confía en Dios.

Magdalena Romeral de Sovejano había sido lo que se llama una mujer del gran mundo.

Sus padres la casaron muy niña, sin que ella pudiera darse cuenta de la trascendencia de aquel acto, y menos de la santidad del sacramento que la obligaba a amar y respetar á un hombre que miraba con la mayor indiferencia.

A los pocos años murió el marido, viejo y raro, quedando ella libre, en el oriente de su juventud y belleza, y dueña además de una considerable fortuna.

Magdalena se hallaba ávida de emociones, sedienta de goces, ansiosa de dar empleo á la vida, que, lozana y exuberante, circulaba por sus venas y ardía en su corazón.

En breve fué la deidad de los salones, la reina de la moda: vióse rodeada de adoraciones y rendimientos, siendo el ídolo de los hombres y la envidia de las mujeres; pero, á pesar de todo, no era feliz.

Sentía un vacío en el alma, vacío que levantaba un eco doloroso, el cual ensor-

decía el estruendo del festín y la danza y el continuo rumor de las lisonjas; pero que en el silencio de la alcoba, en las escasas pero eternas horas de soledad, levantaba su voz triste y desgarradora, como la del sediento que pide agua, como la del huérfano desvalido que en vano busca el maternal regazo que le brinde cariño y consuelo.

Así se pasaron algunos años. Magdalena había cumplido los 35, y veía sin gran pena irse desprendiendo de sus manos el cetro de la hermosura, cuando, no acertando ella á explicarse el cómo, sintió que una dulce imagen venía á colmar por entero el afán ardiente de su corazón.

Cárlos Sovejano era un jóven bueno y modesto, pero que tenía el inconveniente de contar diez años menos que la enamorada viuda, para quien no fué tal consideración obstáculo á que uniese su destino y su vida con el garrido mancebo, que á la verdad fué el blanco de la envidia de algunos acérrimos galanes que no arriaron su bandera, por mas que el apogeo de la diosa empezaba á marchar á su ocaso.

En cuanto á Magdalena, creyose la mujer mas dichosa del mundo.

Mas ¡ay! que la dicha es una dorada ilusión, una gasa sutil y bella, que al asirla con loco frenesí la desgarramos, sin que nos deje mas que leves é impalpables girones por recuerdos!

Los primeros días de boda pasaron para Cárlos como una cosa que había y debía de tener fin irremisiblemente; empero Magdalena sintió que se desgarraba su alma, en tanto que el vacío, tortura

de su existencia, tornaba á mostrarle su enorme boca, mas negra y expantosa que antes.

Habia llegado á conocer la felicidad; pero la felicidad es un sueño. Celos, quejas, ataques de nervios, lágrimas y coquetterias, todo lo agotó la triste esposa, para quien el cariño sosegado y la dulce confianza del compañero de su vida no bastaban.

Y sucedió lo que no podia menos de suceder; esto es, que Carlos se cansó y buscó fuera de casa la tranquilidad y la dicha que no hallaba en aquella.

Al divorcio de los corazones sucedióse ja separacion material, si bien guardando la forma de vivir bajo un mismo techo.

El era mozo, y halló en los placeres, sino lenitivo, olvido á sus disgustos; pero Magdalena empezó por recordar con pena y envidia los dulces dias en los cuales se dormia con la sonrisa en los lábios y despertaba con el corazon satisfecho, y acabo por acariciar la idea del suicidio.

Es que el vacío de su alma levantaba su fuerte y espantosa voz en la soledad de su vida, y la volvía loca.

Como el arsénico está de moda y no hay familia en que, cuando menos, uno de sus individuos no se medicine con tal pócima, tenemos siempre á mano y de la manera mas asequible del mundo un cómodo y fácil pasaporte para el otro barrio.

Magdalena se preparó tranquilamente, haciendo su testamento en favor de unos lejanos parientes á quienes apenas conocia, y á los cuales legaba integra su inmensa fortuna.

A su marido le reservaba una carta llena de denuestos é injurias, acusándole, como es fácil suponer, por único motor de su muerte.

Una vez escrita, fuese en busca del frasquito del arsénico, al que quitó el cuenta-gotas, y sonriendo lo aproximó á sus lábios.

A nuestra amiga nunca se le habia ocurrido pensar en un mas allá: ni la idea del premio que compensara sus dolores, ó el castigo que vengara sus faltas, habia pasado por su mente. Sus padres no se habian molestado en enseñarle tales cosas, creyendo que no le hacían falta alguna, para hallar un brillante partido. Luego resultó que el oro, las seducciones y los halagos, y aun la misma libertad, no bastaron á hacerla dichosa... Pero ¿quién habia de figurarse que Magdalena fuese tan honda de gustos, tan difícil de contentar?

Empero, cúmplenos confesar que si nuestra dama era harto despreocupada en lo tocante á la otra vida, mostraba ser sobrado previsora en lo que concernia á esta.

Una idea de suma importancia y trascendencia, sin duda, vino á separar la muerte de sus lábios y suspender, si quiera fuese por breve tiempo, la fatal sentencia.

Magdalena no habia pensado en sus alhajas.

Sus alhajas, que valian una fortuna, y que por desgracia habia olvidado hacerlas constar en el testamento.

Su marido, su pérfido y desnaturalizado marido, podria por ende tomar de ellas las que quisiera y emplearlas Dios sabe como.

Y tampoco le hacía gracia que lucieran sus herederos aquellos antiguos y valiosos trofeos de sus triunfos, con los cuales ella tantas veces se presentaba engalanada, bella y altiva como una diosa.

Aquellas joyas debían morir con su dueña.

—¡Al mar! se dijo; en su hondo seno nadie irá á buscar mis alhajas.

Y se dispuso á realizar su proyecto.

Tomó un periódico para envolverlas; pero al desarrollarlo, sus ojos se fijaron en estas palabras, que en gruesos caracteres encabezaban uno de sus sellos.

Sin consuelo,

Los seres infelices, ó que se juzgan tales, hallan siempre una grata fruición al descubrir que hay otros tan desgraciados como ellos.

Magdalena layó por ende, con curiosidad primero y vivo interés después, estas palabras:

«*Sin consuelo* se hallan la madre y el esposo de la infeliz mujer que ayer dijimos había muerto de hambre por entregar intacta á aquellos y á sus tiernos hijos la libra de pan que á costa de mil sudores había conseguido ganar en todo el día. Si algun alma caritativa quiere hacer menos angustiada la situación de tan desdichada familia, puede dirigirse calle tal, etc.»

—¡Morir de hambre, que muerte más horrible! exclamó Magdalena vivamente impresionada.

Y miró con singular cariño el pomo de arsénico, que en su sentir debía ofrecérsela mucho menos amarga.

—¡Morir, continuó diciendo, morir, cuando tendría hijas que debían adorarla!

Morir cuando amaba quizás y era amada de su esposo, morir poseyendo la dicha inefable de reclinar su frente en el regazo de su madre! ¡Ah, cuánto debió amar la vida esa criatura! Pero le faltó un pedazo de pan que, generosa, no quiso escatimar.

Magdalena se dejó caer fatigada sobre una butaca: era la primera vez que reflexionaba, la primera que se tomaba el trabajo de pensar en los demás.

Ella desde su lojosa carretela había visto muchos harapientos pordioseros, de quienes oía decir tomaban la mendicidad por oficio y escudo de su vagancia: algunas veces, para librarse de sus importunidades, habiales arrojado algunas monedas; pero nada se le alcanzó en la vida de esas miserias ignoradas y ocultas, dramas horribles cuyo espantoso desenlace entreveía por primera vez.

—¡Morir de hambre! repitió de nuevo, mientras hundía sus dedos en el montón de riquezas.

Y tomando algunas de aquellas, añadió:

—Con solo esto se hubiera salvado..... ¡Pero quedan sus hijos, su marido, su madre!—clamó irguiéndose súbita; y apoderándose de aquel tesoro, cubrió sus espaldas con un manto y su rostro con un velo, y activa y pronta en todas sus resoluciones, buenas ó malas, partió como el rayo en busca de la atribulada familia.

Una hora después, Magdalena, rendida de haber subido la tortuosa y empinada escalera, trasponía los umbrales de la miserable buhardilla, donde dos niños

bellos, pero tristes y escuálidos, pedían pan al padre enfermo y postrado, y á la abuela sexagenaria y ciega.

Empero antes que la triste y lastimosa impresion que dominaba á la elegante dama le permitiera hablar, arrojáronse aquellos á sus brazos con delirante ímpetu, en tanto que una voz outrecortada por lágrimas y besos exclamaba:

—¡Mamá! ¿por qué nos habías abandonado, mamá?

Y Magdalena cayó de rodillas, dejando desprenderse de sus manos el precioso envoltorio, cuyas riquezas, al romperse el papel que las contenía, cubrieron el negro pavimento de la buhardilla miserable.

Y sintió que aquellas inocentes lágrimas, aquellas caricias amantísimas inundaban y hacían revivir su alma calcinada, al paso que hermosas oleadas de flores y perfumes henchían y colmaban la ancha y negra boca de aquel vacío que su corazón atormentaba, y que nada hasta entonces había logrado saciar.

¡Embriaguez dulcísima nunca sentida ni soñada, fruición deliciosa, que abría su espíritu á misteriosas lontananzas, ignotas y brillantes regiones de amor, de paz, de dicha eterna!

—No es mamá, no es mamá,—dijo el mayorcito de los niños levantando el velo que cubría su rostro y arrancándola á aquel hermoso éxtasis.

—No, no es mamá, respondió Magdalena con la voz alterada por la emoción; es la Providencia que viene á traer pan á sus hijos.

—¡Pan á mis hijos, pan á mis hijos! repitió el infeliz padre que se había arras-

trado hasta asir frenético y convulso los montes de oro y valiosas piedras.

Magdalena se dispuso á retirarse, pero antes escuchó estas palabras de la anciana ciega:

—Dios premiara vuestra acción, señora, estad de ello segura, porque yo hare que cada día mis nietos rueguen por vuestra dicha, y los ruegos de la inocencia y la gratitud, suben al cielo.

Magdalena no pensó en dudar de ello. ¿Acaso no se sentía ya dichosa, cumplidamente dichosa, dichosa como nunca?

Pero la dicha es expansiva, necesita comunicarse, ser compartida con otro corazón, quizás porque lleva la generosidad en su propia índole, tal vez porque no siendo para nosotros formada, encerrado en el pecho nos ahoga.

Pero por desgracia Magdalena no tenía amigas: la flor de la amistad fragante y pura se agosta en atmósfera de emulación y envidia donde había trascurrido su existencia.

Tampoco tenía padres, ¡ah! pero tenía esposo que debía ser el natural amigo y compañero en sus penas y alegrías.

Corrió, pues, desolada á su casa, entrando en las habitaciones de Sovejano con la alegría en los ojos y la risa en los labios.

Los sollozos de aquel la detuvieron un punto.

(Continuará).

AURORA LISTA DE MILBART.

